

Por otra parte, ¿está demostrado hasta ahora que la cantidad de sangre en las diferentes vísceras pueda medirse exáctamente por la abertura de los vasos arteriales que se ramifican entre su tejido? Para estimar en rigor la masa de fluido que recibe tal ó tal parte, es necesario conocer y comparar en cada una, no solo la abertura de las arterias, sino tambien toda su capacidad, junto con la velocidad respectiva de la sangre que circula por ellas. Las leyes de la hidráulica nos enseñan, que las cantidades de líquido que salen en un tiempo dado por aberturas iguales y por tubos de igual diámetro, serán diferentes, si, siendo semejantes en todo lo demas, se diferencian simplemente por su velocidad. De donde se ve que se ha calculado mal, sentando por principio incontestable que la masa de la sangre que circula por las arterias, está en razon directa de sus aberturas (*lumina*) (1).

Pero aun quando quisiésemos admitir por un momento esta suposicion, no por eso se adelantaria nada, pues que siempre subsistirian los otros vicios del cálculo. En efecto, la abertura de las arterias carótidas y vertebrales en esta hipótesis, no deberia ser comparada como se ha hecho, con la del tronco solo de la aorta descendente, sino con la de todos los ramos arteriales que nacen de él, supuesto que se trata de establecer la proporcion que hay entre la sangre del cerebro y lo restante del cuerpo, y no entre la de aquel órgano y la de la aorta. Pero como las aberturas que forman todos estos ramos reunidos son mayores que la del tronco generador junto con las dos subclavias, las de las arterias vertebrales y carótidas deben ofrecer tambien relativamente á las que resultarian de la suma de los ramos producidos, una capacidad menor de lo que seria guardando la justa proporcion, comparativamente á las que pueden dar los troncos de la aorta descendente y de las subclavias. De consiguiente, aun

(1) Cons. Filip. Ambros. Marherr, *Prælect. in Herman. Boerhaav. Instit. medic. t. 2, pag. 240.*

quando se conceda el fundamento contestable del cálculo, se deducirá legitimamente, que la proporcion de la sangre de las arterias carótidas y vertebrales á la de todo lo restante del cuerpo no es, ni con mucha diferencia, tan grande como la habian computado aquellos autores ilustres.

No hablo de otras muchas causas que concurren á disminuir el volumen de la sangre dirigida acia el cerebro, y que dependen de las resistencias que encuentra este fluido en su ascenso por las carótidas y vertebrales contra las leyes de su propia gravedad; innumerables flexiones que retardan su círculo; senos que cortan las venas cerebrales por anchos espacios son otros tantos obstáculos mas que se oponen á la velocidad de su curso, &c. Pero si consideramos que el seno longitudinal se abre posteriormente, y que los orificios de la mayor parte de las venas que vierten en él, se dirigen de atras adelante, percibiremos en esta circunstancia orgánica una causa muy capaz de retardar el movimiento de la sangre, é impedir que llegue al cerebro en cantidad considerable.

La masa de este órgano agitada por movimientos perpetuos que debe á la accion de los pulmones y del corazon, goza tambien de una movilidad que le es propia, y que dimana de las fuerzas vitales, especificas é inherentes de que se halla penetrada. Esta movilidad obscura del cerebro en razon de su substancia blanda y pulposa que no le permite manifestarse de un modo claro y distinto, mantiene entre todas sus partes un grado de cohesion conveniente á su naturaleza; las acerca y separa unas de otras por vibraciones intestinas; fixa el tono, consistencia y solidez que parecen comportar la estructura y funciones de dicho órgano; en fin excita movimientos que aunque débiles é inapreciables en el hombre sano, adquieren en el enfermo una intensidad tan palpable que se perciben algunas veces sin embarazo ni dificultad.

En las Memorias de la Academia de las Ciencias del año de 1705 se lee, que un reo jóven y robusto querien-

do evitar su suplicio, tomó quince pies de carrera en el calabozo ó encierro en que estaba, y corriendo á toda fuerza con la cabeza baxa y las manos atras, fué á dar con el craneo contra la pared opuesta. En efecto cayó muerto en el instante, sin proferir una palabra ni dar un solo grito. Litre que hizo inmediatamente la abertura del cadaver, no encontró en él otra cosa sino que el cerebro no ocupaba toda la capacidad del craneo como la ocupa ordinariamente, y que la substancia de dicha víscera, así como la del cerebello y medula oblongada, era á la vista y al tacto mas dura, mas apretada y compacta (1). La misma depresion de cerebro con contraccion y endurecimiento de su substancia sin ninguna lesion exterior aparente he observado yo en un frenético que, en medio de un insulto, se arrojó por la ventana del segundo alto de una casa grande, y murió entre convulsiones algunas horas despues de su caída (2). Lorri asestó un golpe en la cabeza á un perro que cayó muerto en el mismo instante; y abriendo al punto el craneo del animal, no halló en el cerebro mas que una depresion sensible de los dos lóbulos grandes, los quales cogian ménos espacio, y se habian como concentrado sobre sí mismos (3). Es imposible desconocer aquí el efecto de una contraccion espasmódica del cerebro, que puede medirse por el espacio comprehendido entre la superficie de esta víscera y el craneo.

Mucho tiempo ha que los médicos tuvieron lugar de convencerse, que existen graves afecciones de cabeza cuyo principio no puede atribuirse á otra cosa que

(1) Mem. de la Acad. de las Cienc. año de 1705, pag. 54.

(2) Tengo consignada esta observacion en un prospecto de las enfermedades que reynaron en el ejército de Italia por los años segundo y tercero de la rep., cuyo extracto hace parte del num. 27 de la colec. periodic. de la Sociedad de Paris del año 7 de la rep. fr. t. 5.

(3) Mem. seg. sobre los movim. del celebr. Mem. de los sabl. extr. t. 3.

á espasmos ó movimientos convulsivos en el celebró y origen de los nervios. De este género son las enfermedades soporosas y apopléticas que no dexan tras de sí el mas leve vestigio de su existencia pasada. Hipócrates habia reconocido muy bien, que la apoplexia podia depender de una tension espasmódica de los órganos cerebrales, y de un movimiento convulsivo que esta excita en los planos interiores de su substancia. *Cerebrum convellitur, aut aliqua illius particula*. Pretendia que el espasmo daba origen á la apoplexia siempre que fixaba y determinaba las convulsiones ácia el cerebro; en lugar que producía la alferencia, si las dexaba comunicarse sucesivamente á todo el cuerpo (1). Stahl creia muy comun esta causa en los jóvenes que eran acometidos de dicha enfermedad en la flor de su edad, y que tal vez se libertaban de ella por un acceso de calentura. *Illa est, junioribus imprimis, quod Hipocrates asseberet, febrem apoplexiæ sicuti spasmis etiam supervenientem, hæc aliquando solve-*re (2). Tal fué tambien el caso de aquel viejo cuya historia nos refiere Willis, que asaltado repentinamente de una apoplexia mortal, cayó al punto sin calor y sin vida: abrióse luego el cadáver, y la ausencia de toda causa material en la cabeza persuadió á los que hicieron la abertura, que la impresion fugitiva de un espasmo cerebral habia causado la muerte; los vasos de la dura mater estaban algun tanto inflamados, sin extravasacion ni flogosis; el cerebro, cerebello y medula oblongada retexian su consistencia y color natural. El principio de su afeccion se habia disipado con la vida (3).

Morgagni, en su carta quarta sobre las enfermedades de cabeza, cita un gran número de exemplos de personas muertas de apoplexia, cuyas señales no se manifestaron

(1) Hipoc. de Gland. Cornaro, n. 9. Prosp. Mart. pag. 48.

(2) Stahl, *Teor. med. ver. de defect. mot.* pag. 923, ed. Halae, 1708, 4.^o

(3) Thom. Willis, *de morb. convuls. oper. omn. t. 2.*

en los cadáveres; de donde concluyó que una causa irritante muy ligera, como una pequeña cantidad de materia serosa, podía producir esta enfermedad excitando el espasmo ó la convulsión del cerebro (1). Thierrí despues de haber abierto los cadáveres de quince personas muertas á la edad de sesenta á ochenta años, encontró obstruidos los vasos de la cabeza, dilatados por concreciones poliposas los senos del cerebro, llenos de serosidad los ventrículos, y todos los efectos ordinarios de una apoplexia mortal; sin embargo ninguna de ellas habia muerto de semejante accidente. Quiso comparar despues su estado con el que se observa en los verdaderos apopléticos, y con esta mira examinó el cadáver de muchas que acababan de ser víctimas de dicha enfermedad; pero no descubrió mas que una ligera obstruccion en los vasos, sin extravasacion aparente ni alteracion actual en los órganos de la cabeza (2).

Lo que la observacion práctica habia ya hecho conocer, la experiencia lo ha sancionado despues. Schlichting ha probado que metiendo un estilete en el cerebro de un perro, se excitan movimientos convulsivos en todo el cuerpo, y que introduciendo el dedo por la herida, se sienten en él pulsaciones que le comprimen, y corresponden á los latidos convulsivos de tal manera que cesan y vuelven á comenzar con ellos; la víscera parecia endurecerse á cada pulsacion de un modo casi semejante al que se nota en el corazon quando se relaxa y se contrae. Muchos cirujanos testigos del experimento verificaron el hecho, y quedaron persuadidos que el cerebro es susceptible de contracciones y dilataciones alternativas, propias de la naturaleza misma de este órgano, é independientes de toda influencia extraña (3).

(1) Morgagni, *de sed. et caus. morb.* epist. 4, n. 5. epist. 2, n. 9. epist. 4, n. 4 y 9. epist. 15, n. 6.

(2) Thierrí, *Med. experim.* Schroederio, *Opusc. med.* t. 2, ag. 348.

(3) Schlichting, *Disert. de mot. cerebr.* Mem. de los Doct.

En el capítulo primero de esta tercera parte dexamos expuestos algunos resultados principales de las pruebas hechas para saber hasta qué punto era sensible el cerebro. De las muchas y repetidas tentativas que Wepfer, Bagtívio, Fontana, Laghi, Fabri, Lecat, Girardi, Schlichting, Rouhaut, Lorri, y todos los discipulos de Haller han dirigido cuidadosamente ácia el mismo fin, ha parecido seguirse una consecuencia evidente, y es que se puede irritar, comprimir, y aun herir sin peligro la substancia del cerebro, y destruir porciones considerables de ella, sin que el animal dé muestras de dolor alguno (1). Laghi, Lecat y Lorri han experimentado que es posible hacer en el cerebro una compresion bastante fuerte, de seis lineas por exemplo, sin ocasionar el menor accidente (2). Las observaciones de medicina práctica, las aberturas de los cadáveres, y los experimentos hechos en los animales vivos, referidos por menor al principio de este capítulo, conspiran tambien á corroborar esta consecuencia.

Pero si las lesiones de la substancia cortical y superficie exterior del cerebro son por sí indiferentes, sucede muy de otro modo con las de su parte interna y las de su substancia medular. Está demostrado que no se puede dilacerar esta última sin producir movimientos convulsivos y dolor; la mas leve irritacion que penetre algun tanto en dicha víscera, ocasiona al animal turbacion, ansiedad, convulsiones, la parálisis de algunos miembros, y muchas veces tambien la muerte misma, quando las causas irritantes interesan el cuerpo caloso, los talamos ópticos, las comisuras, los pedúnculos, el ce-

extr. t. 1, pag. 120. Lorri, llevado de sus prevenciones contra la sensibilidad del cerebro, atribuye sin fundamento las pulsaciones percibidas por Schlichting á la impulsión de la sangre. Mem. de los Doct. extr. t. 3, pag. 377.

(1) Cons. t. 2, cap. 1, pag. 52 y sig.

(2) Laghi, *Epist. ad Jac. Beccari*, Bolog. 1757, fol. Lecat, obr. cit. Lorri, Mem. cit. de los Doct. extr. t. 3, part. 2.

rebelo, la medula oblongada, y todas las partes situadas en la base del craneo. Sin embargo es de notar con Lorri y Vicq-d'Azyr que esto debe entenderse del cerebro del hombre y de los cuadrúpedos solamente (1), porque es posible quitar por capas delgadísimas el de los peces y las aves, y comprimir, destrozar, amasar, y reducir á una especie de engrudo sus láminas superficiales, sin dañar próximamente la vida ni las funciones del animal.

Las diferentes alteraciones del cerebro en los casos en que el ejercicio de las sensaciones estaba perturbado, y de que hemos citado hasta aquí bastantes exemplos, prueban á la verdad que este órgano es de mucha importancia en el sistema de la sensibilidad, pero no el único donde esta facultad reside, como se piensa generalmente. Deixándose guiar por los fenómenos, habria las mismas razones para creer que el estómago era el centro donde se mueven y despliegan los grandes resortes de la sensibilidad; no hay quien en el furor de las pasiones no lo haya experimentado en sí mismo, y si se consultan los hechos prácticos, no quedará duda de que la mayor parte de las enfermedades atribuidas á la cabeza dimanar del estómago. Pero ni el estómago ni el cerebro obran por sí solos; obran y combinan perpetuamente sus fuerzas en el mecanismo de las sensaciones. Por lo demas, no hay cosa mas incierta que el estado del cerebro por la inspeccion del cadáver en consecuencia de las enfermedades que lo han afectado. Esta observacion antigua fué expresada por el juicioso Baillou baxo una imagen metafórica y llena de verdad. *Ac si cum anima mortis occasio evolasset*: como si con la vida se hubiera disipado la causa misma de la muerte (2).

He oído citar comunmente como una prueba sin réplica de la necesidad de referir exclusivamente todas las

(1) Lorri, Mem. cit. Vicq-d'Azyr, Mem. de la Acad. de las Cienc. Encyclop. metod. art. *Anat.* part. Medic. t. 2, p. 593.

(2) Baillou, Consult. 71, part. 3.

afecciones del alma á la influencia directa del cerebro, las sensaciones que se excitan y persisten aun en las partes que han sido cortadas ó separadas del cuerpo mucho tiempo. A pesar de lo extraordinario y especioso que es en sí este hecho, no es sin embargo otra cosa que un simple fenómeno de la memoria. Deberia pues haberse probado primero que la memoria tiene su asiento exclusivo en el cerebro, que nunca se ejerce sino por su mediacion, y en fin que todos los actos de esta facultad estan esencialmente subordinados á su influencia; pero entónces seria suponer lo mismo que está en cuestión, pues que no se puede conceder al cerebro el privilegio exclusivo de la memoria, sin fixar al mismo tiempo en él la morada del alma que es el verdadero principio de esta operacion. Si estuviese probado que el alma obra en todo el sistema sensible, seria preciso admitir igualmente el concurso de todo este sistema en el mecanismo de la memoria: es así que el sistema de la sensibilidad subsiste, aunque una parte haya sido separada de él; luego el alma podrá sentir dolor en una parte separada de su cuerpo, pues que recordando la memoria á dicha parte las sensaciones que experimentaba otras veces, debe recordarle todas sus circunstancias, y por consiguiente el lugar en que existian.

No se leen sin admiracion estos fenómenos del principio sensitivo en personas que privadas, por exemplo, de las piernas mucho tiempo habia, estaban tan persuadidas á veces que aun las tenian, que se las via ponerse en ademan de levantarse para andar, sin advertir sino por su caída, quan fácilmente se habian dexado engañar de su imaginacion (1). Pero en fin lo maravilloso de ellos desaparece á medida que otros hechos análogos dan mas medios para concebirlos, y el ejercicio de los sentidos ofrece todos los dias prodigios de este género que nos parecen ménos extraños solo porque el mucho hábito de re-

(1) Fabricio Hildano, cent. 3, observ. 14 y 15.

flexionar en ellos previene ó disipa su novedad. ¿Por qué no nos maravillamos de ver hombres que han perdido el uso del oído, y conservan no obstante una idea muy exácta de los sonidos y de la armonia; y otros que privados de la vista, retienen una noción perfecta de la luz y de los colores, &c.?

Después de haber determinado por una serie de observaciones y experimentos todas las mudanzas que el cerebro irritado, alterado ó herido puede producir en la máquina animal, es tiempo ya de dar una ojeada por la naturaleza de sus funciones generales, y sacar algunas consecuencias aplicables á su mecanismo.

En primer lugar este órgano tiene que desempeñar con preferencia á todos los demas dos suertes de funciones, unas que le son propias, y otras que son relativas á lo restante de la máquina.

Estas exigen una comunicacion libre entre el cerebro y las partes á que envia nervios, para asegurar por este medio un concurso de acciones y reacciones mutuas entre dicho órgano y todas las partes del cuerpo, y entre estas y el mismo órgano cerebral. Las primeras se exercen en los senos profundos de su organizacion íntima, y solo se deben al exercicio directo ó reflexo de su propia actividad.

Las funciones del cerebro consideradas segun las relaciones que tienen con toda la máquina animal, se refieren á dos puntos que son, el sentido de los órganos, y el movimiento de los músculos. Estos dos objetos se desempeñan por medio de los nervios que se distribuyen entre las partes sensibles y movibles, puesto que la ligadura ó la seccion de ellos destruye la facultad de moverse y de sentir en todas las partes donde iban á ramificarse. De aquí no debe inferirse, como hemos dicho ya, que la sensibilidad tenga su principio único en el cerebro; pues lejos de estar reunida ó concentrada toda en un órgano particular, se extiende de un extremo del cuerpo al otro, y se difunde por todas sus partes. Pero para mantenerse

en su estado, importa que esté animada por la influencia vivífica del cerebro, y conserve con él relaciones íntimas y permanentes; así es que la accion de los órganos de los sentidos falta ó se vicia, siempre que dicha viscera central sufre alguna afeccion grave. Las Memorias de la Academia de las Ciencias han hecho mencion de un hombre, á quien un golpe violento en la cabeza habia llevado una gran parte del craneo, y que solo con tocarle el cerebro con el dedo se le hacia experimentar una sensacion semejante á la que producirian mil luces delante de los ojos (1).

No es ménos demostrable la necesidad del cerebro para el movimiento de los músculos, y las observaciones de parálisis producida por las lesiones artificiales ó morbosas de dicho órgano deben convencernos de ello. Dejamos ya citadas muchas, y terminaremos este artículo con dos hechos que sirven para ilustrar á un tiempo las funciones del cerebro con respecto al exercicio de las facultades motrices y sensitivas.

Riolano observó en un enfermo dolores atroces de cabeza, á los quales se siguiéron sucesivamente la pérdida de la vista, la incontinencia de orina, la inmovilidad de piernas, y por último la parálisis general y una apoplexia mortal (2). Valsalva habla tambien de una muger que padecia violentos dolores de cabeza, y se quedaba ciega y parálitica de un brazo en fuerza de ellos; pero recobraba el uso de la vista y el movimiento luego que cesaban los dolores (3).

No nos entretendremos aquí en forjar teorías conjeturales sobre el modo con que el cerebro mantiene con

(1) Histor. de la Acad. de las Cienc. año de 1700. Herman Boerhaave, *Prælect. cum not.* Haller, pag. 284.

(2) Riolano, *Antropogr.* t. 2, cap. 25. Wepffer, *Histor. apoplect.* pag. 358.

(3) Morgagni, *Epist. Anat.* 18, pag. 4. Valsalva, t. 2, pag. 510.

todas las partes del cuerpo animal aquel comercio recíproco, por medio del qual recoge las impresiones ocasionadas en las unas, y trasmite á las otras la intencion que las determina á moverse: las ó profundas tinieblas en que está envuelto este misterio, no nos permiten penetrar en él, siendo para nosotros bastante haber establecido

La acción del cerebro tiene sin duda tambien alguna relacion con la nutrición de los órganos vivos, y supuesto que los miembros que dexan de comunicar con él mediante la seccion ó la ligadura de los nervios, caen en la emaciación y la atrofia. Bartholino, que es el primero que observó un cerebro petrificado, asegura que el animal á que pertenecía, vivió toda su vida lánguido y extenuado (1).

Blumembach presume que el cerebro no es indiferente en la producción del calor, y que contribuye á sostener por su propia energía el grado de temperatura necesaria á cada especie de animales. Apoya su opinión en el exemplo de las tortugas cuyo calor apenas sensible, corresponde mas bien á la suma pequeñez del cerebro, que al estado de la sangre arterial, en la que este principio se halla en bastante abundancia para producirlo en mayor cantidad. Cita los animales de sangre caliente entorpecidos y sumidos todo el invierno en un profundo sueño, y en quienes el calor decrece á medida que las funciones del cerebro comienzan á disminuirse: últimamente alega las variables explosiones de calor causadas por las vivas emociones del alma, por las contenciones del espíritu, y otras mil afecciones físicas ó morales, que interesan al cerebro, y le obligan á entrar en acción (2).

Pero una ley mas imperiosa y universal, sujetando to-

(1) Bartholino, *Observ. anat.*

(2) Jo. Frid. Blumembach, *Specim. fisiol. compar. int. anim. calid. et. frigid. sanguin.* pag. 22 y 23. Roederer, Wvisberg.

da la máquina animada á las influencias cerebrales, dispone, liga, coordina sus partes, y las encadena en un sistema común. El móvil, el vínculo, el resorte activo de esta correspondencia reside en el cerebro, el qual, baxo este punto de vista, es un centro de vitalidad adonde van á reflexarse así las impresiones internas como las externas. Si el cuerpo de los animales de sangre fria se compone de órganos que gozan de una amplia independencia; si puede ser dividido en fragmentos susceptibles de vivir, contraerse y moverse mucho tiempo despues de haber sido separados del todo; si respecto de esto existe entre ellos y los animales de sangre caliente una diferencia notable, es porque en los primeros la distribución de los órganos, mas igual y uniforme, no recibe el influxo de algunos centros generales, como parecen recibirlo los segundos. Por eso el cerebro de los animales de sangre fria, nulo en comparacion del de los de sangre caliente segun las bellas ideas de Bacon, Soemering y Blumembach (1), no puede enviar sino débiles irradiaciones aun á lo restante del sistema nervioso. Aquí pudiéramos traer la distincion luminosa de Alexandro Monró, el qual reconocia en los nervios dos suertes de energía y de poder; una que reciben del cerebro, y predomina en los animales de sangre caliente; otra que les es propia; y tiene en los de sangre fria el mismo imperio y predominio (2).

No hay cosa mas difícil que apreciar en rigor las funciones que el cerebro exerce por sí mismo; este objeto pertenece á los arcanos mas sublimes que la metafísica encierra. Hasta ahora nadie ha acertado, ni acaso acertará jamas, á determinar las operaciones intelectuales que coinciden con tal ó tal modificación sensible del cerebro; sabemos no obstante que este órgano entra en actividad

(1) Bacon, *Hist. vit. et mort.* can. 4. Soemering, *de Bas. encef.* Blumembach, *specim. fisiol. compar. instit. fisiol.*

(2) Alex. Monró, *on the nervous system.* pag. 27, 33, 35.

para percibir sensaciones, y que por su propia reaccion obra en ellas de un modo igualmente activo para crear la atencion, el pensamiento, la contemplacion, la memoria, la imaginacion, y todos los fenómenos del entendimiento. Esta clase de funciones no se ejecutan absolutamente sin el concurso de los órganos externos, pues que no hay cosa en el entendimiento que primero no haya entrado por los sentidos. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.* Pero las impresiones transmitidas al cerebro por medio de los órganos, vienen á ser los materiales de muchos actos que le ponen en estado de reunir las, percibir las, comparar las, retener las, y formar con ellas nuevas combinaciones.

Aunque la sensibilidad vele en la conservacion de cada parte viviente; aunque no pertenezca exclusivamente á ciertos sistemas de órganos, ni pueda legitimamente asegurarse un origen general, un centro único y fijo; sin embargo las sensaciones que vienen de diversos puntos sensibles, deben ir á parar para ser comparadas á un receptáculo comun, *sesorium commune*, capaz de recogerlas todas, y efectuar la percepcion ó consciencia de ellas. Pero es disputable todavia qual es en el cerebro la parte que merece este privilegio. Hay excelentes razones para creer que la substancia del cerebro y medula espinal participan en gran parte de él: las hay tambien nada inferiores para pensar que la masa de dichas substancias no contribuye á ello por entero (1); y de aquí es que han querido colocarle,

(1) Es imposible oponer respuestas satisfactorias á los argumentos en que se fundan algunos, para trasportar el *sesorium comun*, ó principio comun del sentido y de la vida, á otra parte que al cerebro. Las observaciones de Rhedi, Bartholino y Duverney que han encontrado el cerebro mudado en piedra; las de Duverney y Litre que le han hallado convertido en una especie de papilla; las de Meri, Wepfer y Rhedi que han visto algunos niños y animales nacidos sin este órgano, y vivir algun tiempo privados de él; finalmente las experiencias que

ya en la glándula pineal, ya en el cuerpo calloso, ya en las eminencias ó en las cavidades del cerebro, y finalmente en el humor de los ventrículos. Pero en el dia se han abandonado tantas pretensiones contrarias, y se sabe que puede subsistir la vida, aunque hayan sido destruidas ó maltratadas todas estas partes. Boerhaave es el primero que llegando hasta la reunion de todos los orígenes de los nervios, ha definido claramente el asiento del sensorio comun, el qual parece en efecto hallarse situado, como él lo dice, en todos los puntos en que acaba la substancia cortical y comienza la medular (1).

Si se observa que los órganos mas sensibles son aquellos cuyo nervio principal simpatiza mejor con su sistema total, que esta condicion es necesaria para asegurar el ejercicio de los sentidos, y que el punto donde se reunen las substancias del cerebro y cerebello para formar el principio de la medula espinal constituye un centro, ácia el qual van á reflexarse todas las simpatias que ligan á cada nervio con su sistema; si se considera que la sensibilidad se enerva y aun se extingue completamente en el cuerpo, por todas aquellas causas que obran inmediatamente en el tronco primitivo de los nervios, y desampara las partes que no tienen con él ninguna connexion; en fin, si se atiende á que las lesiones hechas en el origen de los nervios son las que causan mas prontamente la muerte, y que sus consecuencias son tanto mas funestas y mas graves, quanto mas cercanas estan á él las partes en que se verifican; será forzoso concluir

demuestran su perfecta insensibilidad en una porcion considerable de su substancia, todo esto es nada ménos que favorable á la opinion vulgar, que juzga al cerebro digno de representar el *sensorio comun*, el origen único del sentimiento, y el verdadero asiento del alma. Consult. Mem. de la Acad. de las Cienc. Bartholino, *oper. anat.* Rhedi, *oper.* Soemmering, *de Bas. encef. de corp. fabr.*

(1) Herman Boerhaave, *Praelect. Academ.* t. 4, pag. 450. Idem, *Praelect. de morb. nerv.* t. 2, pag. 492.